
**ENTRE LA "REALPOLITIK" Y EL ENTUSIASMO
ACCIÓN EXTERIOR ESPAÑOLA EN EL SUDESTE EUROPEO
1900-2001**

Francisco Veiga

Universitat Autònoma de Barcelona

A lo largo del siglo XX, España pasó de mantener unos contactos esporádicos y poco significativos con la lejana "cuestión de Oriente" a tomar decisiones de estado en relación con los pueblos del Sudeste europeo, a mantener diversas formas de presencia directa y a implicarse incluso emocionalmente en los acontecimientos que allí acaecían. Esta breve ponencia pretende poner de relieve las líneas principales de ese proceso aún a sabiendas de que quedan otras por estudiar.

1850-1930: imaginaciones y realidades

A lo largo del primer cuarto del siglo XIX, España deja de ser una gran potencia imperial. Aún conservará algunas colonias aisladas entre sí, pero habrá perdido definitivamente la capacidad de actuación global que define a las grandes potencias. Encerrada en sus problemas políticos, derivados de la construcción de un nuevo modelo de estado y en la aparición de un nuevo tejido social, España no va a desarrollar una política expansiva de gran alcance durante la segunda mitad del siglo. Por lo tanto, el Sudeste europeo, incluso teniendo en cuenta su vertiente mediterránea, va a tener muy escaso interés para la acción exterior de Madrid. Los intercambios comerciales, los contactos culturales, la labor de algún embajador especialmente activo o incluso maniobras diplomáticas puntuales no van a inclinar la balanza de forma perceptible¹.

Conforme las naciones balcánicas iban obteniendo su independencia dando lugar a la sucesión de crisis internacionales que irían transformando al "problema de Oriente" en "polvorín balcánico", España desarrolló una presencia más activa en la zona, aunque acotada a los canales diplomáticos habituales. Por ejemplo, las dramáticas guerras balcánicas de 1912-1913 atrajeron a un gran número de observadores militares, que intentarían sacar conclusiones sobre la utilización de las modernas armas y tácticas en un conflicto europeo, con participación de ejércitos regulares más o menos modernos, después de cuarenta años de paz en el Viejo Continente. En España, eso se iba a traducir

¹ Vid. el interesante trabajo de Matilde Morcillo Rosillo: "Las relaciones diplomáticas hispano-helénicas tras la revolución española de 1868", presentado al congreso: "La historia de las Relaciones Internacionales: una visión desde España", Comisión de Estudios de Historia de las Relaciones Internacionales, Madrid, 20-22 de octubre de 1994. Morcillo describe los intentos de Madrid por obtener de Atenas el reconocimiento del gobierno provisional surgido de la revolución de 1868.

en la edición de algunos libros, alguno de ellos con cierto éxito de ventas, como parece demostrar su aparición ocasional, todavía hoy, en las librerías de lance españolas².

Por debajo de este nivel diplomático, el cambio de siglo trajo toda una serie de contactos ocasionales con cierta repercusión política³. Desde Cataluña, donde comenzaba a florecer el primer catalanismo político es interesante la figura del que fue cónsul de Grecia en Barcelona, Antoni Rubió i Lluch⁴. Su voluminosa correspondencia revela a un hombre apasionadamente atraído por ese país, cuya lengua dominaba y cuyos intereses representó durante largos y difíciles años en la capital catalana. Por otra parte, Rubió i Lluch poseía una larga lista de corresponsales entre políticos e intelectuales griegos, lo que permite comprobar el desconocimiento habitual de la realidad española por parte de personalidades balcánicas de relevante formación cultural. Eso será una constante: los Balcanes y España no se contemplaban directamente, sino a través de los centros culturales de la época: París, Londres, Viena e incluso Berlín, con todas las distorsiones que ello suponía⁵. Un brillante ejercicio sobre la desfiguración en clave romántica que ello podía llegar a suponer la encontramos en la obra de David Martínez Fiol dedicada a los voluntarios catalanes que combaten en la Gran Guerra en el frente de Salónica integrados en el Ejército francés⁶.

A lo largo de los años veinte y treinta del siglo XX seguirán más vivas que nunca esas mutuas percepciones apasionadas que sin embargo tendrán más impacto en los Balcanes que en España. Por ejemplo, la dictadura de Primo de Rivera va a despertar una gran curiosidad en algunos países de la zona, que incluso llegarán a generar personalidades políticas inspiradas en la situación española: tal fue el gobierno del general Averescu en Rumania, por ejemplo. Por otra parte, la caída de monarquía en España causa cierta alarma en la Yugoslavia dictatorial del rey Alejandro, quien quizá pudo haberse inspirado también en el régimen de Primo de Rivera para instaurar su

² Vid., por ejemplo: *La Guerra de Oriente. Escrita por varios autores diplomáticos y militares. 1912-1913* Pons y C^a Eds., Barcelona, s.a. Fue ésta una obra que compilaba artículos de varios diplomáticos y agregados militares. El gran experto en contactos culturales búlgaro-hispanos es el periodista búlgaro Venčeslav Nikolov. Según él, en mail de 19 de abril de 2003, es de destacar el trabajo del coronel de Ingenieros Joaquín de la Llave García, que en 1908 una semana en Bulgaria para investigar la organización militar de aquel país y realizar luego idéntica misión en su vecina Rumanía. Sus interesantes observaciones fueron publicadas como: *Bulgaria y Rumanía, notas de viaje*, Madrid, 1908. El coronel de la Llave fue enviado a Bulgaria cuando Madrid se enteró de que el Príncipe Fernando de Bulgaria se disponía a proclamar la independencia de su país respecto a Turquía y a ponerse la corona de Zar de los búlgaros.

³ Según Venčeslav Nikolov, uno de los personajes españoles más interesados por Bulgaria en el cambio de siglo fue Emilio Castelar, que escribió diversos artículos la evolución política de ese país en la prensa española de la época.

⁴ Para la atracción que produjo Grecia entre los primeros catalanistas, vid.: Jordi Llorens i Vila, *Catalanisme i moviments nacionalistes contemporanis (1885-1901). Missatges a Irlanda, Creta i Finlàndia*, Rafael Dalmau Ed., Barcelona, 1988 - Colecc. Episodis de la Història. Para una biografía de Rubió i Lluch, vid.: Eudald Solà i Farrés, *Antoni Rubió i Lluch, bizantinista i grecista*. Discurs llegit el día 9 de Juny de 1988 en l'acte de recepció pública de Eudald Solà i Farrés a la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, Barcelona, 1988.

⁵ Vid. al respecto: Francisco Veiga, "En los confines. Crónicas de viajes por las penínsulas balcánica e ibérica durante el periodo romántico", ponencia presentada al congreso: "España y la cultura hispánica en el Sureste europeo", organizado por la Embajada de España en Atenas, Atenas, 2 al 5 de diciembre de 1998

⁶ David Martínez Fiol, *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918)*, Publicacions Abadía de Montserrat, 1991

particular dictadura en 1929. A la inversa, la debacle griega de 1922 en Asia Menor que lleva a la abdicación del rey Constantino, dio lugar a evidentes paralelismos con la derrota de El Anual. Por lo tanto, los años veinte, debido a la fluidez geopolítica que propició el final de la Gran Guerra, con la desintegración de los grandes imperios continentales y las nuevas opciones políticas, propició la búsqueda de modelos de actuación ante problemas similares. Un último ejemplo particularmente fantasioso fue cierto proyecto de recolonización de El Rif utilizando población judía sefardí trasladada desde los Balcanes o Asia Menor, idea que se manejó en tiempos de Primo de Rivera pero también durante la Segunda República.

En cualquier caso, es lógico que la inspiración fuera más bien unidireccional. Para los países balcánicos España era un país legendario pero lejano, no se veía como una potencia cercana con intereses en la zona. Además, su estructura socio-económica o el proceso de construcción del estado tenía más similitudes con el suyo propio que el modelo anglosajón, germánico o francés. En plenos años veinte, el fascismo italiano era una opción deseable para algunos regímenes conservadores de los Balcanes, pero resultaba socialmente arriesgado fomentar las movilizaciones de masas, aunque su tendencia fuera la ultraderecha. La dictadura de Primo, con su componente de "dictablanda" y su discurso regeneracionista era un modelo más interesante para unas oligarquías que gobernaban países básicamente agrarios, cuyas clases medias eran débiles y su aspiración era ganarse la vida sirviendo al estado. De todas formas, le lejanías, la carencia de una tradición de contactos directos, culturales o simplemente comerciales, hacían de los acontecimientos en España breves chispazos que no daban más que para breves momentos de sugestión. Al menos hasta la Guerra Civil española, que como ocurrió con el resto de Europa, encendió una verdadera hoguera de pasiones también en los Balcanes.

Guerra Civil y Segunda Guerra Mundial: primeras acciones consecuentes

La Guerra Civil española cambió notablemente y de forma bastante rápida el tipo de relación que mantenía España con el Sudeste europeo: por primera vez iba a producirse una cierta interdependencia política y eso iba a generar acciones de política exterior más sistemáticas.

Durante los primeros meses de la contienda, el bando rebelde buscará una legitimación política internacional a través de dos canales principalmente: desde las nuevas legaciones que se constituyen por deserción de los diplomáticos pro-fanquistas y a través de los simpatizantes o militantes de Falange Española en el extranjero, que se intentarán articular en la denominada Falange Exterior. En Bucarest, el embajador español Pedro de Prat y Soutzo se pasará a los rebeldes con la mayor parte de los agregados. Debido a la enorme simpatía que despierta la causa franquista en la Rumania de la época -a punto de convertirse ese mismo país en dictadura- el embajador Prat y Soutzo aprovechará para conseguir el reconocimiento de Bucarest para el régimen de Burgos. Además, organizará una red de espionaje que vigilará los navíos de carga que

precedentes de la Unión Soviética o de la misma Rumania recalaban en el puerto de Constanța con destino al bando republicano⁷.

Posteriormente, y durante la Segunda Guerra Mundial, Prat y Soutzo ampliará su red de inteligencia creando el Servicio de Información Rusa (SIR) que contó con una red de agentes desde Belgrado al Kurdistán pasando por Bucarest y Ankara. Poseía una nómina de candidatos realmente impresionante, básicamente rusos blancos. Los alemanes lo condecoran en 1943 pero todo indica que el SIR se mustió y extinguió por falta de financiación desde Madrid.

Con una debacle política y poblacional como la que produjo la guerra mundial, ni siquiera la aislada España de Franco pudo escapar a sus consecuencias. Durante la inmediata posguerra, se convirtió en puerto de recalada para miles de fugitivos nazis, fascistas y ultraderechistas del Eje y sus aliados. Esa ayuda provino directamente del régimen franquista, pero también de la Iglesia católica española. La mayor parte de los fugitivos utilizaron España como puente hacia América, en especial Argentina y Chile: en el primero de los países citados se habla de entre 10 y 35.000 refugiados croatas, muchos de ellos auxiliados por Cáritas de Buenos Aires. En la Argentina de la época, Juan Domingo Perón creará que entre los refugiados hay miles de técnicos altamente cualificados capaces de reflotar la sociedad y la economía de ese país americano. Además, se teme la posibilidad de una inminente Tercera Guerra Mundial contra la Unión Soviética, en cuyo caso Argentina podría devenir una verdadera reserva de activos anticomunistas⁸

De la misma forma y por el mismo camino, miles de croatas y rumanos llegaron a España. Como ha estudiado recientemente la historiadora Matilde Eiroa con notable detalle, el régimen de Franco mantuvo abiertas legaciones oficiosas de esos países hasta los años 60, financiadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores⁹. Los rumanos en Madrid, por ejemplo, llegaron a tener importantes privilegios, especialmente aquellos antiguos militantes del ultranacionalista movimiento de la Guardia de Hierro: cátedras para algunos intelectuales, centros de estudio o facilidades para abrir negocios. Esta actitud no obedecía tanto a motivaciones de política exterior española como a las puras afinidades y simpatías ideológicas. De ahí que con el tiempo algunos grupos, especialmente el de los rumanos llegara a tener cierta influencia política en la extrema derecha española¹⁰. Los croatas afines al movimiento "Ustacha" tuvieron también su influencia pero no desplegaron tanta actividad y la mayoría se establecieron en Alicante. Algo parecido ocurrió con los contados ultras húngaros que se refugiaron en España.

Capítulo aparte merecen los reyes balcánicos en el exilio. Por una razón u otra se afincaron en España o mantuvieron una especial relación con Madrid monarcas como:

⁷ "La guerra de las embajadas. La Falange Exterior española en Rumania y Oriente Medio, 1936-1944", en: *Revue Roumaine d'Histoire*, XXIX, 3-4, p. 321-335, Bucarest, 1990.

⁸ Vid.: "El presidente Perón era Odessa" por Ricardo Herren, en: "La Aventura de la Historia", Año 4, bº 42, Abril 2002, pags. 34-42; el autor utiliza datos de la obra de Uki Goñi, *The Real Odessa. How Perón brought the Nazi war criminal to Argentina*, Granta Books, London, 2002, 382 pags.

⁹ Matilde Eiroa, *Las relaciones de Franco con Europa Centro-Oriental (1939-1955)*, Ariel, Barcelona, 2001.

Simeón de Bulgaria, Leka de Albania, Mihail de Rumania y, finalmente, Constantino de Grecia tras su fracasado contragolpe en diciembre de 1967¹¹.

Oportunismo franquista: 1950-1975

Con el tiempo y sobre todo debido al desarrollo de la Guerra Fría, el régimen intentará extraer algunos beneficios políticos de la importante presencia de nacionalistas exiliados del Este en España. Es entonces cuando se empieza a diseñar una cierta política exterior española con relación a esa zona de Europa, aunque fuera precaria y muchas veces improvisada, fruto de las apuradas circunstancias internacionales de aislamiento. Por ejemplo, sorprende que los contactos comerciales con casi todos los países del Este, ya convertidos en repúblicas populares democráticas se reanuden en fechas tan tempranas como 1950 ó 1952.

Por esas fechas se difunden noticias en medios de comunicación occidentales en el sentido de que el gobierno soviético comerciaba con la España de Franco a través de Checoslovaquia. De hecho y como ha demostrado Matilde Eiroa, se comerciaba con casi todos los países del bloque comunista a través de Egipto, Irán e incluso Afganistán¹². Los contactos iniciales se establecían de formas bien precarias y muy poco habituales en la praxis diplomática: a través de periodistas que viajan a Madrid, delegaciones deportivas o congresos en terceros países. La situación se normaliza mucho a partir del ingreso de España en la ONU en diciembre de 1955, lo que proveía de un foro muy abierto para relacionarse con cualquier país.

Un caso arquetípico es el de la relación de Madrid con Yugoslavia. Inicialmente una delegación del exiliado rey Pedro, encabezada por el diplomático Ljubiča Vičtazki intentará desbloquear la cantidad de dos millones de pesetas depositadas en la delegación del Banco Nacional del reino yugoslavo. Primero con el objeto de enviar ayuda humanitaria a Yugoslavia, posteriormente a la cuenta personal del rey, el dinero fue retenido por el gobierno español. Posteriormente, la cuestión provocará un enfrentamiento entre el comité yugoslavo de Londres y la cancillería del monarca. El gobierno español investigará la vida del rey Pedro, que el infunde sospechas y posteriormente desconfiará del propio Vičtazki por agente de los comunistas.

Mientras tanto, ya desde 1950, el gobierno español no tendrá ambages en llevar a cabo relaciones comerciales con Belgrado a través de los consulados de España en Venecia y Trieste. Madrid estaba interesada en trigo, maíz, cobre y neumáticos; los yugoslavos deseaban a cambio: wolframio, azúcar, corcho, plátanos y arroz. Por el momento se recurrió a una serie de intermediarios fijos para estos intercambios. A partir de 1954 ya se hablaba de la posibilidad de establecer relaciones diplomáticas aprovechando, por ejemplo, el Congreso de Medicina Militar celebrado en Luxemburgo. Y una buena

¹⁰ Vid.: Semicentenerul Mișcării Legionare - *Legiunea in imagini*. Albuemele Traian Borobaru. Ed. Mișcării Legionare, Madrid, 1977; vid. pags. 291-331

¹¹ Juan Balansó, *Los reales primos de Europa. Quién es quién en el mundo de los tronos ocupados o vacíos*. Ed. Plantea, Barcelona, 1992; vid. pags. 189-225 para los reyes del Este.

¹² Matilde Eiroa, op. cit., pags. 132-133

oportunidad fueron los II Juegos Mediterráneos, celebrados en Barcelona en 1955, con participación yugoslava.

Todos estos contactos se llevan a cabo sin que en Madrid se entienda la evolución política yugoslava, y en especial el espectacular cisma entre Tito y Stalin en 1948. De hecho, ante la incapacidad de comprender lo ocurrido y de sacarla algún partido en la guerra propagandística, el asunto pasará casi desapercibido¹³. No es de extrañar que fuera así, porque de hecho ninguna potencia occidental protagonista directa de la Guerra Fría entendió en los primeros meses qué estaba ocurriendo¹⁴

Realmente, ni el mismo exilio comunista español entenderá lo sucedido, en un periodo dominado por el dogmatismo doctrinal. Una de las escasas y fiables fuentes al respecto serán las memorias de Manuel Tagüeña, el joven general republicano que se exilió a la URSS y terminó como consejero del Ejército yugoslavo en 1946. Cuando tiene lugar la ruptura, Tagüeña anota:

*"Encontré a la colonia española en Belgrado más ortodoxa que nunca, repitiendo como papagayos todos los infundios que lanzaban la prensa y la radio del comunismo internacional, y que la propia prensa yugoslava publicaba, quizá porque las falsedades eran tan evidentes que dentro de la población no podían hacer el menor daño"*¹⁵

Sin embargo, como en su contrapartida franquista, el régimen titoísta ayudó activamente al exilio español antes de la ruptura. No en vano la participación yugoslava en la Guerra Civil española había dado lugar a una verdadera mitificación de la causa republicana en la Yugoslavia de Tito, donde incluso existía un grupo de selectos oficiales superiores veteranos de esa contienda conocidos como los "españoles". Por lo tanto, a finales de los años cuarenta los yugoslavos concedieron un generoso apoyo financiero directo, en especial a través de la embajada yugoslava en París¹⁶.

Por su parte, la obsesión de la resistencia interior por acabar con el régimen de Franco en base a la lucha armada llevó a que algunos estrategas del partido imaginara audaces operaciones militares con el apoyo de Belgrado. Uno de los proyectos más rocambolescos fue el de un asalto mediante paracaidistas en Levante, para el que se pidió la colaboración de Yugoslavia. La respuesta fue una negativa y en parte debido a ello y al delicado momento de las relaciones con Tito, el mismo Stalin se reunió con Dolores Ibarruri, Santiago Carrillo y Francisco Antón para frenar la obsesión por la

¹³ Javier Garí y Alessandro Gori, "Odnos Frankovog režima i Španskih Komunističkih prema raskidu Moskve i Beograda, 1948-1951", en: *Jugoslovensko-Sovjetski sukob, 1948. Zbornik radova sa naučnog skupa*, Institut za Savremenu Istoriju, Beograd, 1999; vid. pags. 81-96

¹⁴ Jasper Ridley, *Tito*, Javier Vergara Ed., Buenos Aires, 1977; vid. pags. 267-268

¹⁵ Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, Eds. Oasis, México, 1973; vid. pag. 555.

¹⁶ Entrevista con el diplomático y agente de inteligencia yugoslavo Branko Mikasinović, adjunto a la Agregaduría Cultural de la Embajada yugoslava en París a finales de los años cuarenta. Mikasinović era el encargado de efectuar los pagos a una serie de personalidades del exilio republicano español. Entrevista: Belgrado, 15 de junio de 1996.

lucha guerrillera que tan escasos éxitos reales estaba obteniendo en comparación con la prometedora estrategia de infiltrar masivamente instituciones y organismos legales¹⁷.

La forma en que se llevaron las relaciones con Yugoslavia a comienzos de los cincuenta demostraba que, a pesar de recurrir a métodos heterodoxos, la diplomacia franquista se estaba profesionalizando. Era el anticipo de todo un relevo general en las altas jerarquías del régimen y el desembarco gradual de lo que se dio en llamar la "tecnocracia del OPUS", que diplomáticamente cobró carta de naturaleza con la presencia de Fernando María Castiella como ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de febrero, 1957. Aunque en realidad el ministro Alberto Martín Artajo (1945-1957) es un predecesor muy digno en su faceta de renovador, lo que se denominó "era Castiella" marcará un cambio sustancial en la política exterior española, tanto en el estrecho acercamiento al Vaticano y los Estados Unidos como en la apertura hacia el Este.

Por otra parte, y dado el interés de los Estados Unidos por España, Castiella era una necesidad en Madrid. Desde el regreso del embajador norteamericano en marzo de 1950, las relaciones se habían estrechado incluso cordialmente, sobre todo tras la llegada del presidente Eisenhower a la Casa Blanca en 1953. Y en septiembre se firmaron los acuerdos hispano-norteamericanos.

Así fue como España acabó jugando un papel paralelo al de Yugoslavia en la estrategia antisoviética de Washington. En ambos casos, la guerra de Corea (1950-1953) fue el detonante del interés norteamericano. En el caso de España, con el fin de organizar una base de retaguardia segura y estable. En relación a Yugoslavia, para evitar lo que parecía una inminente invasión de sus vecinos socialistas por delegación de la Unión Soviética¹⁸. El caso es que Truman y Eisenhower demostraron su interés por ambos países y el enviado especial Vernon Walters preparó concienzudamente las relaciones con ambos¹⁹.

A comienzos de los años sesenta, la diplomacia española se manejaba con cierta veteranía en la Europa oriental. En 1963, el Comité de Descolonización de la ONU tenía la decisiva tarea de incluir o no Gibraltar como territorio a descolonizar. A principios de 1962 se creó un comité de 17 países que a finales de ese mismo año se amplió a 24, entre los que se encontraba Bulgaria, único del bloque comunista.

Casi todos estaban a favor de las tesis españolas: los africanos sabían que España podría descolonizar sus propios territorios; los árabes tenían excelentes relaciones con Madrid; Uruguay era un firme aliado; quedaban por posicionarse Camboya y Bulgaria. De Sofía se encargó el entonces joven diplomático Jaime Piniés, quien a su vez recurrió a la ayuda de una consejera de embajada chilena en las Naciones Unidas, Leonora Kratch, para que persuadiera a Bulgaria para exigir la inclusión de Gibraltar. El apoyo búlgaro fue decisivo y se logró plenamente el objetivo.

¹⁷ M. Tuñón de Lara y J.A. Biescas, *Historia de España*, vol. 10, *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*, Labor, Barcelona, 1987; vid. pag. 249 para ambas cuestiones.

¹⁸ Jasper Ridley, op. cit., pags. 278-281

¹⁹ Vernom A. Walters, *Misiones discretas*, Planeta, Barcelona, 1981. Vid., para la misión ante Tito, pags. 180-191; para España, pags. 318-332

Mientras tanto, tras la invasión soviética de Hungría en 1956 y a comienzos los años 60, el joven rey Simeón en el exilio intentaba organizar desde Madrid una plataforma política propia y un aparato de propaganda de entidad suficiente como para alcanzar Bulgaria. En el verano de 1963 Simeón buscó también organizar un gobierno en el exilio, pero para ello necesitaba la autorización del Generalísimo. Para su sorpresa, el anticomunista visceral Franco recurrió a una jugada totalmente inesperada. Tras pedir y obtener audiencia, le recibió el Caudillo y durante un cuarto de hora le recitó un pequeño discurso sobre las virtudes del sindicalismo vertical. La despedida final fue característica del mejor Francisco Franco escurririzo: "Bueno, Señor, deseo que V. Majestad pueda un día aplicar nuestro sistema sindical en una Bulgaria libre...". Dos años después, la Sección Búlgara de Radio Nacional de España fue suprimida aduciendo "causas técnicas y políticas"²⁰. Evidentemente, Madrid le estaba pagando a Sofía el favor recibido en la ONU.

Esta anécdota es una más que aclaran hasta qué punto Madrid estaba dispuesta a jugar a la *Realpolitik* con los países del Este, aunque fuera dentro de un orden. Pero en realidad, no era sino un detalle en una cadena de acciones de mayor envergadura, que parecen testimoniar el recurso relativamente frecuente a las artes e la "diplomacia discreta" y las actuaciones confidenciales con respecto a los países del Este. En agosto de 1946, el ministro Artajo se interesó personalmente por el que había sido canciller de la legación española en Belgrado, un ruso blanco llamado Kamenev, a fin de ser nombrado asesor para asuntos rusos y balcánicos y gestionar el regreso de los prisioneros españoles de la División Azul en la Unión Soviética. Se daba la circunstancia de que por entonces Kamanev estaba detenido en un campo de concentración en Salzburgo. Comenzó ahí una larga operación de contactos que concluyó con el retorno de los divisionarios en el buque "Samiramis" en 1954. Evidentemente, la muerte de Stalin ayudó mucho en esas negociaciones, pero no fue sino el comienzo de un camino que llevaría a redes oficiosas para importantes intercambios comerciales y a la fundación de la empresa Sovispan, negocio hispano-soviético para la pesca en las islas Canarias que en los años setenta movería importantes recursos y que era una joint-venture constituida al 50%.

Este tipo de acciones suponía un importante interrogante: el nivel de conocimientos que tenía Washington sobre estos negocios y contactos en Europa del Este, los Balcanes y la URSS. En plena Guerra Fría y siendo España un firme aliado de los Estados Unidos, cuesta creer que se trataba de iniciativas totalmente españolas o sin el consentimiento y control norteamericano. Fuentes diplomáticas consultadas, con conocimiento más o menos directo de Sovispan, admiten que uno de los objetivos de la empresa no sólo era obtener beneficios, sino también información privilegiada de la Unión Soviética. Razón de más suplementaria que refuerza la teoría de la tolerancia norteamericana, quizá porque el régimen de Franco podía servir como plataforma de contactos no oficiales con el Este: un excelente vehículo totalmente discreto en función de su llamativo discurso anticomunista.

²⁰ Vid. para esta anécdota: Ramón Pérez-Maura, *El rey posible. Simeón de Bulgaria*, Belacqva,

La aventura rumana: 1975-1990

Si Madrid vehiculaba todo tipo de contactos con el Este, el régimen no parecía tener mucho inconveniente en que personalidades del entorno actuaran ocasionalmente por su cuenta. En 1971 el Sha del Irán organizó en Persépolis el milenario de la monarquía persa. A los dispendiosos fastos fueron convidados decenas de aristócratas, reyes y presidentes. Por lo tanto, en Persépolis se encontraron y trabaron conocimiento políticos de todo el mundo que de otra forma raramente habrían coincidido. Así fue como se entabla una extraña amistad entre el entonces príncipe Juan Carlos y el dictador Nicolae Ceaușescu de Rumania²¹. El motivo concreto que llevó al encuentro es desconocido como lo es, asimismo, el que facilitó el nacimiento de esa singular relación. Posiblemente la iniciativa fuera del líder rumano, que por entonces comenzaba a buscar apoyos políticos en Occidente, empeñado como estaba en distanciarse de la Unión Soviética hasta donde fuera posible. Así fue como Ceaușescu logró llevar a Bucarest a De Gaulle o al mismo presidente Nixon. Con el tiempo, el dictador rumano llegaría a desarrollar una cierta obsesión por significarse como amigo de las principales casas reales europeas, por lo que el propósito de entablar relaciones con el entonces príncipe Juan Carlos de Borbón era una maniobra sencilla y una apuesta por el futuro. Lo cierto es que los contactos, aunque discretos continuaron después de Persépolis. Se supone que con el conocimiento de los servicios de inteligencia y seguridad del régimen de Franco, que los toleró. Aún así, en junio de 1974 las presiones de algunos generales inmovilistas forzaron a Franco a destituir al jefe del Estado Mayor, el teniente general Manuel Díez Alegría, por haber mantenido conversaciones con Ceaușescu en Rumania y por el temor de que se convirtiera en el "Spínola español"²².

Muerto apenas Franco, en marzo de 1976, el Rey envió clandestinamente a Rumania a su amigo y enviado diplomático oficioso, Manuel Prado y Colón de Carvajal, para hablar con Ceaușescu. Esta vez se trataba de enlazar indirectamente con los comunistas españoles a fin de que se abstuvieran de ataques negativos contra la Corona²³. Al año siguiente, el rey envió nuevamente a Bucarest a su eficaz colaborador para misiones delicadas, el teniente general Díez Alegría, por entonces embajador de España en El Cairo. En esa época se estaban produciendo en Bucarest contactos a varias bandas entre sectores político-institucionales españoles bastante curiosos, que ligaban a oficiales de la Unión Militar Democrática relacionados con un hermano de Díez Alegría pero también con el mismo Ceaușescu²⁴. El hilo del ovillo terminaba llevando hasta el entonces presidente Suárez y el mismo rey Juan Carlos, quien a través de su amigo

Barcelona, 2002; vid. pags. 154-155

²¹ Vid.: Juan Luis Cebrían, "La agonía del franquismo", en: *Memoria de la transición*, Taurus, Madrid, 1996, pags. 13-24; vid. pag. 19

²² Paul Preston, *Juan Carlos. El rey de un pueblo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003; vid. pag. 326

²³ Paul Preston, op. cit. pags. 376-377.

²⁴ A lo largo de los años setenta, el régimen rumano se involucró en una extenso y complejo territorio de acciones exteriores "alternativas" que iban desde la acogida del mayor contingente de refugiados políticos chilenos tras el golpe de Pinochet, hasta el establecimiento de una embajada oficiosa de la OLP. Las relaciones de la UMD con Bucarest han de tomarse con precaución, dado que la Unión fue víctima de dossiers alarmistas y difamatorios confeccionados por un grupo de militares ultras.

Manolo Prado ya mantenía contactos con Ceaușescu siendo todavía príncipe. El meollo de la cuestión era la legalización del PCE, que se llevaría a cabo en la primavera de 1977. El Rey era partidario de hacerlo ya siendo príncipe e incluso asegura que le prometió a Carrillo que lo haría en cuanto llegara al trono.

Los militares estaban muy recelosos. Se rumoreaba que la legalización del PCE sería la señal para dar un golpe involucionista. Por otra parte, era necesario conocer las intenciones de los comunistas. Y Bucarest era un buen punto de encuentro, porque Rumania había sido uno de los países de acogida más importantes para los militantes del PCE en el exilio especialmente a raíz de que en 1954 -y hasta su desaparición en 1977- se instalara en Bucarest la radio del Partido, Radio España Independiente, conocida popularmente como la "Pirenaica".²⁵ Por lo tanto, aquel contacto en Persépolis de 1971 terminó siendo camino para que desde Madrid se sondeara a los comunistas españoles en el exilio cara a la legalización del partido en España. Eso era posible, asimismo, por la política calculadamente independiente de Ceaușescu en aquellos años, que hacía del país una verdadera "tîrg" palabra rumana que designa a la feria donde todo se compra y se vende. A lo largo de los años setenta, el régimen rumano se involucró en una extenso y complejo territorio de acciones exteriores "alternativas" que iban desde la acogida del mayor contingente de refugiados políticos chilenos tras el golpe de Pinochet, hasta el establecimiento de una embajada oficiosa de la OLP. Así fue como la Rumania de los setenta era una especie de caja de empalmes, una tienda en la que era posible "comprar" y "vender" de todo, y los servicios de inteligencia rumanos se especializaron en ese tipo de relaciones y manejos.

A buen seguro que la misión del teniente general Díez Alegría en 1977 no fue la última de las acciones que Madrid llevó a cabo en y con Bucarest. Se había establecido una curiosa relación de confianza que incluso llevó a Ceaușescu en visita a España en 1977, interrumpida por un terremoto que afectó a Rumania. Los reyes viajado allí posteriormente; y por supuesto, también Carrillo y otros políticos. Las relaciones comerciales y culturales se ampliaron en aquellos años y el colofón de esos tratos iba a ser rocambolesco.

En 1990, tras de la caída del dictador Ceaușescu en las Navidades de 1989, toda una serie de políticos y simples oportunistas intentaron justificar su posición o sus méritos explicando en al prensa rumana que habían sido disidentes o conspiradores contra el régimen desde mucho tiempo atrás, años incluso. De entre ellos destacaban personajes como el ideólogo marxista (y disidente) Silviu Brucan y el general Militaru, una de las primeras figuras que accedieron al poder tras la caída del dictador. Junto a ellos se contaban otros personajes de menor entidad. Pero todos ellos pugnaban para demostrar que existía una fuerza disidente con anterioridad a la revolución de 1989, un grupo de políticos y militares que intentaban legitimar sus ambiciones a través de la pertenencia a un supuesto frente resistencial interno. Por regla general el tipo de argumentos o informaciones que suministraban tenían escaso valor por inverosímiles. Sin embargo, en una ocasión la prensa rumana publicó un relato que parecía tener más coherencia de lo habitual. Hablaba de contactos establecidos por un pequeño grupo de

militares con agentes españoles del servicio de inteligencia. Según ese relato, el CESID habría accedido a suministrar armas y medios para forzar un golpe de estado de palacio²⁶. El proyecto llegó bastante lejos o eso se decía, pues se detallaba que el equipo tendría que haberse entregado en las islas Canarias. Todo ello había acontecido, según el relato, en el año 1983. El espíritu de la época sirve para comentar ese dato, aunque sea de forma genérica. Por esa fechas hacía poco que el PSOE había ganado las elecciones en España. Los socialistas españoles es llegaban pisando fuerte, traían un espíritu nuevo, se sentían muy respaldados socialmente y se veían con fuerzas para abordar iniciativas un tanto audaces, tanto en política exterior como interior.

También por entonces se habían normalizado mucho las relaciones con la Rumania de Ceaușescu. El dictador había viajado a España en 1977, visita interrumpida por el terremoto que asoló su país justo durante aquella visita. Lo cierto es que tras la revolución de 1989, se extendió el rumor de que la *Securitate* o policía política del extinto régimen, había grabado y guardado videos muy comprometidos, filmados en secreto, en los que se podía ver a toda una serie de políticos, diplomáticos y hasta periodistas españoles entregados a "actividades" poco honorables. No dejaba de ser un rumor, pero la supuesta operación de la inteligencia española para recuperar ese material dio incluso origen a una curiosa novela²⁷.

Este tipo de anécdotas eran expresión del nivel de compromiso que estaba adquiriendo el gobierno español en Rumania. Por un lado, el embajador español de aquellos años, Antonio Núñez García-Saúco, ideó y apoyó toda una serie de acciones empresariales españolas, que iban desde la remodelación del aeropuerto de Otopeni a la creación de una red de frío. Además, se buscaba activamente el acercamiento al primer ministro Petre Roman, del Frente de Salvación Nacional, porque se suponía que sus orígenes familiares parcialmente españoles -su madre era santanderina- sería favorable a los intereses de Madrid. Por otra parte, el PSOE apostó por integrar a Roman en una definición política claramente socialdemócrata e incluso por integrar al FSN en la Internacional Socialista, para lo que se envió a un agente con tales misiones específicas. A otro nivel, la Casa Real tenía un interés natural en impulsar la idea monárquica en Rumania y otros países de la zona, debido a que en España habían encontrado acogida diversos monarcas. De ahí que se enviaran agentes a Bucarest que entraron en contacto con círculos políticos potencialmente monárquicos, como el Partido Nacional Liberal, que podrían apoyar el regreso del rey Mihai.

Ese esfuerzo, mantenido básicamente entre 1990 y 1993, no dio los resultados esperados. Pendiente esa cuestión de un estudio desapasionado, las causas posibles fueron diversas. En parte, porque las expectativas eran más románticas que pragmáticas. La posición política real de Roman era bastante débil y quedó muy pronto fuera de juego: en junio de 1990 se vio obligado a dejar el cargo de primer ministro. A pesar de ello, Madrid siguió enfeudándose demasiado con él, incluso cuando ya estaba muy

²⁵ Para la historia de los comunistas españoles en Rumania, vid.: Luis Galán, *Después de todo. Recuerdos de un periodista de la Pireanaica*, Anthropos, Barcelona, 1988.

²⁶ Vid.: Entrevista de Silviu Brucan y el general Militaru al diario "Adevărul", 23 de agosto, 1990, pags. 1 y 3. Vid. asimismo, declaraciones de Brucan al mismo periódico el día 24 de julio de 1990: "Generalul Ion Ionița, ministrul disident al apararii naționale", pags. 1 y 3.

²⁷ Jesús Flores Thies, *La risa de Ceausescu*, Eds. 29, Barcelona 1991.

claro que esa toma de partido era perjudicial para los intereses españoles. Por otra parte, las posibilidades de que Mihai regresará a Rumania como rey pronto se desvanecieron, y eso quizás hizo quedar en evidencia al resto de la presencia española en el país. Era un reflejo injusto por parte de los rumanos, pero quizá no se calculó que podían identificar demasiado el apoyo español al regreso de la monarquía. En tercer lugar, al capital español, le faltó agresividad para penetrar en un mercado tan nuevo, desconocido y arriesgado como el rumano; por lo que las expectativas empresariales pronto se desvanecieron o pasaron a ser conquistadas por la competencia internacional. Por si fuera poco, se produjo un escándalo relacionado con la adquisición de partidas de cemento destinadas a la Expo de Sevilla que no poseían la calidad requerida por los estándares de la CE y que al parecer sirvió para financiar electoralmente al PSOE²⁸.

El final de la aventura rumana se resumió en una catastrófica operación organizada por los servicios de inteligencia, que terminó con el desenmascaramiento de un comando operativo del CESID en Bucarest. Las fotos de sus integrantes y sobre todo de su jefe, Alberto Perote, fueron publicadas por la revista "Tiempo" e incluso aparecieron breves filmaciones del grupo en algún programa de televisión. Nunca se aclaró suficientemente cuál había sido el objetivo de una misión planteada de una forma tan escasamente profesional²⁹. Posiblemente, la raíz del fracaso estuvo en un exceso de confianza, lo que a la postre reflejaba el conjunto de la política española en Rumania. Pero en todo caso, fue el inicio del "asunto Perote" que tan graves consecuencias tendría para el conjunto del CESID, lo que a su vez terminaría por ser uno de los escándalos que marcaron el fin de la "era felipista" y la derrota electoral de 1996.

De la ex Yugoslavia al "rey posible", Simeón de Bulgaria: 1990-2001

Mientras la implicación española en Rumania estaba en su apogeo, la política de Madrid en los Balcanes iba a dar un nuevo vuelco, pero esta en el contexto de la UE, de la ONU y de la OTAN, todo ello en el laberinto de las guerras de secesión yugoslavas. Como en casi todos los países occidentales, estas contiendas levantaron una enorme expectación. Y como en casi todos la postura española fue bastante seguidista. No surgieron de Madrid ni de Barcelona -que jugó un papel autónomo- propuestas originales para solucionar o amortiguar las crisis balcánicas. Pero es innegable que se siguieron con gran interés. Ya durante la guerra de Croacia, en el alto mando de los servicios de inteligencia españoles se creó una célula de crisis y se hicieron importantes esfuerzos para contactar con los insurgentes, especialmente los croatas. Posteriormente,

²⁸ El asunto está descrito con bastante detalle en el libro de José Díaz Herrera y Ramón Tijeras, *El dinero del poder. La trama económica de la España socialista*, Cambio 16, Barcelona, 1991; vid. pags. 189-197 para el *affaire* relatado.

²⁹ El incidente está relatado en diversas fuentes, pero una de las más pausibles es: Joaquín Bardavío, Pilar Cernuda, Fernando Jáuregui, *Servicios secretos*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000; vid. pags. 295-301; vid. pags. 297-298 para el escándalo rumano. Para la versión del principal implicado, vid.: Juan Alberto Perote, *Confesiones de Perote*, RBA, Barcelona, 1999; vid. pags. 195-200 ; según el entonces jefe de los comandos operativos del CESID, el objetivo de la misión era reclutar como informador a un mando de los servicios de inteligencia rumanos

los agentes hicieron un importante esfuerzo para reconocer el terreno cara a una posible intervención militar de pacificación sobre el terreno, como fue el caso³⁰.

Fue una iniciativa bastante arriesgada pero necesaria. Cara a la política exterior porque España tenía que hacer notar su presencia en el seno de la UE, la ONU y la OTAN ante las crisis yugoslavas. En el plano de la política interior, el gobierno del PSOE ya llevaba bastantes años de ejercicio del poder, y necesitaba volcarse en la política exterior para remedar los problemas domésticos. Por otra parte, resultaba muy interesante utilizar al Ejército en misiones de pacificación internacionales. Con ellos se limpiaba cierta imagen de estamento involucionista aún ligado al recuerdo de la guerra civil o al 23-F y se preparaba a las fuerzas armadas para su profesionalización.

El detalle de las acciones españolas en las repúblicas ex yugoslavas sería demasiado prolijo para los límites de esta ponencia, porque a su variedad se une la longevidad: tres lustros y de hecho aún hoy mantiene continuidades. Por lo tanto, resulta más práctico pasar directamente a un balance global y forzosamente muy precario.

La presencia militar española en misiones de paz y ayuda humanitaria fue constante a partir del conflicto bosnio y bastante intensa. Quizás un poco en demasía a la vista de los beneficios reales obtenidos, tanto políticos como de imagen o eficacia de las misiones sobre el terreno. Se corrieron muchos riesgos y fue toda una suerte -en parte gracias al prudencia- que algún contingente militar español no se viera envuelto en callejones sin salida como el que hubieron de afrontar los holandeses en Srebrenica durante el verano de 1995. Pero los mandos actuaron con corrección y la tropa estuvo a la altura de las circunstancias. En el balance de los problemas, quizá sería posible identificar dos grandes grupos. Por un lado, cierto déficit de información y organización que llevó a dispendios importantes, como la construcción del campo de refugiados albanokosovares en Durrës (Albania) en 1999. Fue una obra casi faraónica, extremadamente cara y que apenas resultó útil pues a poco de su conclusión terminó en conflicto en Kosovo. En contraste con ello, algunos contingentes fueron poco atendidos desde España o sufrieron por carencias materiales. Quizá se contó demasiado con la improvisación para desempeñar unas operaciones complejas, delicadas y muy lejos del país de origen, en territorio a veces hostil.

A otro nivel, el Ejército ganó mucho en imagen ante la sociedad española. Había bastante entusiasmo por apuntarse a las misiones de paz; aunque no eran nuevas -a Guatemala y/o Nicaragua ya habían acudido oficiales españoles en misiones de desarme- tenía eran de una envergadura totalmente nueva: a Bosnia y Kosovo acudieron nutridas representaciones de unidades orgánicas. También hubo divertidos malentendidos propios de la emocionalidad que acompañó el discurrir de las guerras en la ex Yugoslavia cuando se enviaron las primeras tropas a Bosnia, que provenían de unidades legionarias, el ultraderechista Blas Piñar declaró en un discurso pronunciado durante el 20 de noviembre de 1992 que "la Legión siempre estaba dispuesta para luchar contra el comunismo".

Con el tiempo, las cosas cambiaron bastante. Por un lado se desató una cierta envidia entre cuerpos y servicios: la BRIPAC se llevó la mejor parte y la fama En

³⁰ Joaquín Bardavío, Pilar Cernuda, Fernando Jáuregui, op. cit., pags. 488-489

cambio, las fuerzas de Infantería e Ingenieros que desempeñaron un importante papel, no disfrutaron de los mismos beneficios en la distribución de ascensos, asignación de sectores y otras recompensas. Por otra parte, las tropas españolas se sintieron utilizadas en más de una ocasión en su misión bosnia, especialmente a manos del HVO croata que además los bombardeó en el verano de 1993 causando algunas bajas mortales. Con el tiempo los complementos, pluses y ventajas diversas derivadas del destino balcánico fueron decayendo, mientras que el mantenimiento, logística, o rotación de permisos se resentían: hubo quejas concretas en el contingente de Macedonia, muy olvidado por la prensa.

Por último, la intervención de la OTAN en Kosovo, a la que se sumaron los españoles, no arrojó ya un balance claramente positivo, al menos cara a la opinión pública. No fue una misión totalmente humanitaria, dado que las Fuerzas Aéreas participaron en acciones de ataque, y parece que eso llegó a perjudicar incluso a la recluta de voluntarios para las nuevas Fuerzas Armadas profesionalizadas, dado que el prolongado bombardeo de Serbia generó un amplio rechazo en la sociedad española.

La participación española en la reconstrucción económica de los países afectados fue, una vez más limitada. Algunas inversiones y proyectos españoles ideados para Bosnia terminaron, una vez más, en manos de otros países intervinientes. Los negocios emprendidos en Serbia o Albania fueron muy limitados y tampoco llegaron muy lejos. El sector turístico no demostró mucha pujanza en las oportunidades que ofrecía Montenegro. Pero en este caso, las críticas han de ser limitadas: las nuevas repúblicas ex yugoslavas, y no digamos Albania, eran terrenos demasiado resbaladizos en los que sólo podían desenvolverse con éxito países con robusto respaldo político - Alemania, Francia, Gran Bretaña- o con histórica experiencia en la zona -Italia, Grecia, quizás Austria. Aún así, no faltaron chascos y sonados fracasos entre ellos; las empresas españolas hicieron un papel muy discreto pero tampoco sufrieron sustos de consideración.

Los beneficios más claros de la "aventura yugoslava" se recogieron en el terreno político, tanto a escala doméstica como internacional. La presencia española en la OTAN se vio reforzada, sin género de dudas. Aunque es mucho más difícil emitir un juicio sobre este tema, parece que el papel desempeñado en la UE fue mucho más positivo incluso. España tuvo además la suerte de contar de forma coincidente con dos protagonistas de talla internacional: Javier Solana al frente de la OTAN y luego coordinando la política exterior de la UE como "mister PESC". Carlos Westendorp desempeñó un papel eficaz como Alto Comisario de las Naciones Unidas para Bosnia. Cualquier crítica que se les pueda hacer queda sobradamente compensada por el mero hecho de haber sobrevivido a cargos tan problemáticos sin sufrir daños políticos, cosa que no se puede decir de todos los sucesores o predecesores.

A otro nivel, la implicación española en las crisis balcánicas de fines del siglo XX tuvo dos momentos claros. Por un lado, el periodo socialista que si bien pinchó en

Rumania, recogió importantes frutos de la intervención en Yugoslavia. De otro lado, el gobierno del Partido Popular, más atento a la oportunidad política puntual³¹.

Parece evidente que el balance final de la "política balcánica" practicada por el PSOE en el poder fue claramente positiva. Tanto es así que en pleno periodo de la debacle final felipista, en 1994-96, la implicación española en Bosnia fue mostrada reiteradamente como credencial idealista, humanitaria y progresista y ayudó a contrarrestar -y no en pequeña medida- los desgraciados escándalos que se sucedían en la política interior. A ello contribuyeron los grandes protagonistas cercanos al partido como Javier Solana o Carlos Westendorp o incluso José María Mendiluce, el enviado especial de la ACNUR para Bosnia, con cierto talento para el vedetismo político.

A partir de 1996, el gobierno del Partido Popular cambió el estilo e intencionalidad política de la actividad intervencionista en los Balcanes. Dado que era una herencia del gobierno anterior, inicialmente no parecía existir un marcado interés en apostar por tales riesgos. La guerra de Kosovo y la campaña contra Serbia obligaron al nuevo gabinete a una participación que no podía ignorar a esas alturas. De hecho, el protagonismo de José María Aznar en la guerra contra Irak de 2003 fue una evolución desde esa actitud, expresada tímidamente en Kosovo, con un Javier Solana socialista al frente de la OTAN. Algunas líneas de ese nuevo estilo pasaban por la concentración en acciones puntuales concretas -más dependientes del oportunismo e incluso de la actualidad periodística- un mayor seguidismo con respecto a las actitudes y preferencias norteamericanas y una menor tolerancia a las polémicas sobre aspectos no exitosos de las intervenciones³². En cualquier caso, el gobierno popular tendió a desentenderse de los Balcanes apostando por otros aspectos de más relumbrón internacional.

Un último intento por conseguir protagonismo en los Balcanes tuvo lugar en la primavera de 2001, cuando desde círculos políticos y financieros de la derecha y la democracia cristiana española y catalana se apoyó al ex rey Simeón de Bulgaria, candidato por entonces a las elecciones parlamentarias en su país, liderando una coalición titulada: Movimiento Nacional Simeón II. La apuesta fue cauta, a pesar de la campaña favorable al candidato que se hizo desde la prensa conservadora -"ABC" o "La Vanguardia". Posiblemente la Casa Real también estuvo presente en el proyecto, pero si fue así, su presencia fue sabiamente discreta. Dado que Simeón Saxecoburgoski continúa al frente del gobierno de su país resulta imposible hacer una evaluación de los resultados recogidos por la iniciativa española, máxime teniendo en cuenta que ésta no fue para consumo político público.

³¹ Un capítulo aparte es el de la influencia de los acontecimientos balcánicos en los diversos contextos políticos españoles. A tal efecto es muy estimulante la tesis de licenciatura de Antoni Tamayo titulada: *La guerra de Croàcia (1991), un exercici de política exterior catalana*, leída en la Universitat Autònoma de Barcelona, Departament d'Història Contemporània en julio de 2003 y dirigida por el autor de estas líneas.

³² Durante la campaña aérea contra Serbia y la posterior intervención española en las labores de pacificación de Kosovo, se ocultaron intencionadamente conflictos, fallos y problemas diversos.

A modo de conclusión

A lo largo de los últimos tres cuartos de siglo, al política exterior española se ha ido implicando en los Balcanes como nunca lo había hecho con anterioridad. Eso supuso actuar en un escenario complejo, bastante alejado de aquellos en los que la diplomacia y los gobiernos tenían más experiencia, como eran América Latina y el Magreb. También era un terreno hasta cierto punto "virgen" en el que España podía aportar iniciativas o ser escuchada; en definitiva, tener peso propio en los acontecimientos.

En conjunto, se puede decir que el resultado de esos años fue una política de "ida y vuelta", sin aspiraciones de permanencia o continuidad a largo plazo, y en la cual el ejercicio de la más pura "Realpolitik" se mezcló muy a menudo con la emocionalidad. El oportunismo de la acción franquista se ennoblecó durante la era socialista, pero ni siquiera entonces se pensó en convertir a los Balcanes en vecinos de España. En ese sentido, los Balcanes terminaron por ir a España. De entrada, la presencia española en esa zona durante los últimos tres lustros y su posición en le UE, terminaron por hacerla apetecible a una emigración creciente que hace sentir su presencia, que trae sus problemáticas y aporta sus puntos de vista. Por otra parte, las realidades de la globalización, el inevitable acceso de los Balcanes a la UE, el papel de Grecia o Rusia en la zona, el petróleo del Caspio o el creciente protagonismo de las crisis en Oriente Próximo, harán que, *nolis volens*, los Balcanes ya no sean aquella lejana galaxia de extraños planetas, sino familiares de la casa común europea.

Barcelona, 18 de Abril, 2003